

ABDUL CUMPLE SU PALABRA

ABDUL era un muchachito de Persia que vivía con su mamá y otro hermano en las altas mesetas del Irán, alejado de todo movimiento y actividades a los cuales nosotros estamos acostumbrados. Pero Abdul, como cualquiera de nosotros, quería educarse. Quería ir a la escuela y aprender más de Jesús; quería saber cómo predicar a otros del amor de Dios que envió a su único Hijo para que muriese por nosotros. A nosotros nos parece muy común todo esto, porque estamos acostumbrados a ver escuelas y maestros en cada pueblo y resulta muy fácil estudiar en nuestros países; pero en Irán, como se llama ahora el reino de Persia, no hay tantas facilidades y Abdul tenía que irse a Teherán, la capital de su país, a un colegio que los misioneros habían abierto y en el cual podría aprender a predicar a la gente de su aldea que Jesús había muerto para salvarlos. Es así como un día Abdul dijo:

-Mamá, he decidido ir a la escuela del misionero.

-Bueno, hijo, si estás seguro de que quieres hacerlo, dividiré tu herencia con tu hermano y te llevarás la mitad. Tengo ochenta denarios. Llévate cuarenta, y que Dios te bendiga. De manera que Abdul hizo todos sus preparativos para el largo viaje a la escuela del misionero, y cuando pasó una caravana en camino a Teherán, Abdul se unió a ella y comenzó su viaje. Pero antes repasemos un poco lo que sabemos de los viajes de caravanas en los desiertos de Asia. Se juntan varios viajeros que desean ir a un lugar determinado, y se combinan para viajar con sus camellos y caballos en un grupo, para mejor protección contra ladrones y bandidos que asaltan a los viajeros solitarios. Además, si se va en caravanas, siempre es más seguro en caso de accidentes o emergencias. Por eso, cuando alguien quiere viajar por esos desiertos, espera que pase una caravana. Así hizo nuestro amiguito Abdul. Tras alguna espera, una caravana llegó a su aldea y Abdul terminó sus preparativos, y cuando estaba por partir, su madre le habló y le dijo:

-Abdul, hijo mío, prométeme ahora que jamás dirás una mentira y que nunca retendrás para ti lo que no te pertenezca.

-Sí, madre, te lo prometo. Ten confianza en mí. Me voy ahora; hasta la vuelta, madre.

Con esta despedida Abdul comenzó su largo viaje por los desiertos, y a medida que los días pasaban y se iban acercando a unas montañas muy solitarias por las cuales debían pasar, varios de los mercaderes de la caravana comenzaron a expresar sus temores por los bandidos que rondaban en la vecindad de esas montañas.

Abdul no sabía mucho de bandidos, salvo que atacaban a las caravanas y se llevaban lo que querían y a veces mataban a los viajeros. Y eso era suficiente para asustar a cualquiera, pero Abdul tenía confianza en que Jesús quería que él se preparase para enseñar a otros del amor del Salvador, y estaba seguro de que a él no le pasaría nada.

Una tarde, cuando ya creían estar fuera de la zona infestada de ladrones, la caravana fue atacada y muchos de los viajeros murieron a manos de los bandidos. Uno de los ladrones pasó cerca de Abdul y le preguntó si tenía dinero.

-Sí, tengo cuarenta denarios cosidos en mi túnica.

-¡Ja, ja -se rió el hombre, y siguió buscando entre otros viajeros algo que robar.

Al rato, otro de los ladrones le preguntó a Abdul si tenía algo de valor, y el muchacho le contestó lo mismo que al primero, pero este hombre tampoco le creyó y, pensando que Abdul se burlaba de él, le aplicó unas bofetadas y lo azotó para que aprendiese a no burlarse de ellos. Cuando vino un tercer ladrón a preguntarle qué tenía, Abdul temía que también lo castigase. Pero este ladrón, que también creyó que Abdul se burlaba de él, decidió llevarlo ante el jefe para ver qué sucedía.

El jefe de los ladrones, al enterarse del episodio, se extrañó y mandó llamar al muchacho para exigirle una explicación:

-¿Qué es esto que oigo de ti, muchacho? ¿No sabes acaso que como jefe de esta banda no puedo tolerar que te burles de nosotros?

-Pero, señor... Ud. tiene que creerme... -contestó muy seriamente Abdul tratando de convencer al bandido con el tono de su voz- Les dije a tres de sus hombres que tengo cuarenta denarios cosidos en el forro de mi túnica. ¡Tiene que creermel

El jefe mandó abrir la túnica de Abdul, y efectivamente allí encontró los cuarenta denarios, pero sorprendido por la extraña actitud del muchachito, le preguntó:

-¿Por qué nos dijiste que tenías ese dinero? Podrías haber dicho que no tenías nada y no te habríamos robado.

-Es que..., señor ..., antes de salir de mi casa, mi madre me hizo prometer que nunca diría una mentira, y cuando sus hombres me preguntaron si tenía dinero les dije la verdad, porque había prometido a mi madre que siempre lo haría.

-Niño... comenzó a decir el jefe de los ladrones, pero por la emoción no pudo continuar con sus palabras. Mientras tanto, todos los ladrones se habían agrupado en derredor del jefe y Abdul y todos estaban admirados de la valentía del niño. Por fin el capitán de los bandidos pudo hablar, y rodeando a Abdul con sus brazos, le dijo:

-Niño, hoy hemos recibido una poderosa lección y, no solamente te perdonamos la vida y tu dinero, sino que queremos cambiar nuestras vidas, dejar de ser bandidos y de estar al margen de la ley, devolver todo lo que hemos robado y, de hoy en adelante, vivir como ciudadanos buenos y honrados.

Abdul casi no creía lo que oía, pero muy pronto se convenció que era realidad, pues uno a uno todos los hombres se llegaban al jefe y le decían:

-Capitán, tú nos has guiado por vidas erradas, sembrando mal, dañando, robando y matando; ahora queremos que nos lleves por una vida de bien. Fuiste nuestro guía para mal, ahora sólo para bien.

Después de este incidente, Abdul se sentía muy feliz, y mucho más cuando los mismos ladrones lo llevaron el resto de su viaje a la escuela en Teherán.

Así termina la historia de Abdul el honrado, un niño que quería servir a Jesús y no le importaba salir de su casa y viajar por desiertos y montañas, durante muchos días, para llegar a un lugar donde aprender más de Jesús. Pero lo mejor del caso fue que ni siquiera ante el peligro de los ladrones dijo una mentira sino que, manteniéndose firme a su promesa, predicó el mensaje a los ladrones de una manera tan ferviente, que los convirtió.

Sí, Abdul fue un pequeño misionero aun antes de ir a la escuela, y de él aprendemos que todos podemos hacer obra misionera siempre y en todos lados, diciendo la verdad, cueste lo que costare.

Con nuestros amigos y compañeros de juego, a nuestros padres y maestros y a todos aquellos con quienes entramos en contacto, debemos reflejar las enseñanzas de Jesús y hacer como hizo Abdul en esa emergencia.

Siempre vale la pena decir la verdad, y Jesús espera que lo hagamos y, mejor aún, nos ayuda a ser buenos, si lo intentamos, como Abdul. Niños, recordemos el caso de este muchachito persa, y cuando queramos decir una mentira, hagamos de cuenta que un ladrón de fiera mirada nos está preguntando:

-¿Cuánto dinero tienes, muchacho? Te lo voy a quitar todo.

¿Qué contestaríamos en un caso tal?